

1

Gregorio Marañón y Posadillo: el genio y su figura

Cuando Gregorio Marañón y Posadillo muere en Madrid el 27 de marzo de 1960, próximo a cumplir setenta y tres años, es una persona mundialmente famosa. Los documentos gráficos de su multitudinario entierro y la extensa repercusión de su muerte en los medios nacionales e internacionales así lo atestiguan. Es difícil extraer una única faceta de su poliédrica figura que explique la inmensidad de su fama y su prestigio: médico, científico, investigador, intelectual, político, escritor, conferenciante, historiador, moralista. Su fama llegó pronto con apenas veintidós años. Es inevitable hacer una comparación con el otro español que alcanzó fama similar como científico e investigador y que, además, fue profesor suyo y amigo: Santiago Ramón y Cajal. Cuando Cajal muere en Madrid el 17 de octubre de 1934, en un contexto político muy diferente –los días finales de la revolución de Asturias durante la II República–, su entierro, aun con la presencia mayoritaria de estudiantes y académicos, careció de representación oficial y, ni de lejos, alcanzó los niveles multitudinarios del entierro de Marañón. Además, en claro contraste con Marañón, la fama de Cajal en España llegó tarde. Cuando en octubre de 1906 se conoce la concesión a Cajal del Premio Nobel de Medicina y Fisiología, Cajal ha cumplido cincuenta y cuatro años. El periódico ABC comunica la noticia el 28 de octubre con el siguiente comentario «Hasta hace pocos, muy pocos años, no nos habíamos enterado en España de que uno de los profesores de nuestra Universidad, trabajador modesto, apenas conocido fuera del aula y del laboratorio, tenía en el extranjero reputación de sabio, admirado por las más altas autoridades de la ciencia moderna».

No fue éste el caso de Gregorio Marañón y Posadillo. Su biografía ha sido ampliamente narrada y analizada desde todos los puntos de vista, incluso estando en vida. Cuenta con centenares de trabajos biográficos, muchos de ellos escritos por presti-

giosos historiadores de la medicina y la psicología, entre los que destacan Pedro Laín Entralgo, Luis Sánchez Granjel, Marino Gómez Santos, Antonio López Vega, Santiago Prieto, Antonio Orozco Acuaviva, José Botella Llusía, Carla Aguirre Marco, Heliodoro Carpintero y Alejandra Ferrándiz. Además, desde el año 1988, su biografía y bibliografía cuenta con la Fundación Gregorio Marañón –fusionada a partir del año 2010 con la Fundación Ortega y Gasset (FOM)– cuya labor se dirige, entre otros objetivos, a mantener y cultivar el legado multifacético de su titular.

De su infancia y juventud, todos los biógrafos resaltan dos circunstancias que sin duda condicionaron su genio y su figura: el ambiente intelectualmente culto de su casa familiar con un padre abogado, miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, Diputado en Cortes y amigo de importantes personalidades de la cultura y la política de la época, como Benito Pérez Galdós, Marcelino Menéndez Pelayo y José María de Pereda, y la prematura muerte de su madre cuando Gregorio Marañón, el cuarto hijo del matrimonio, apenas tenía tres años. Tras la muerte de la madre, la familia se traslada a vivir con la abuela y la tía materna pasando los inviernos en Madrid y los veranos en Santander, como siempre había hecho. El propio Marañón recordaba las visitas de niño a la casa de Galdós en Santander (San Quintín) y las tertulias en casa de su padre con sus tres amigos –Galdós, Menéndez Pelayo y Pereda– en un ambiente de afecto y tolerancia pese a sus conocidas discrepancias ideológicas. De su paso por el bachillerato en el colegio madrileño de San Miguel, se sabe poco. Marañón solo menciona su excesiva timidez («que dominaba mi temperamento» hasta el punto de impedirle presentarse al examen oral de ingreso en el Instituto de Madrid), y que «no fui empollón». A cambio, reconoce que «de niño leí mucho». Santiago Prieto, en su biografía de Marañón, menciona entre sus actividades juveniles su dedicación a la lectura, el aprendizaje de idiomas y el fútbol (Prieto, 2010). La lista de libros que, según Prieto, Marañón leyó de joven en la biblioteca de su padre es impresionante: «las novelas de Pereda y las primeras ediciones de los *Episodios Nacionales* de Galdós; el *Quijote*, el *Fausto*, el *Emilio* y *La Divina Comedia*; la obra de Plutarco, Cicerón y Séneca; la poesía de Virgilio, Fray Luis y Garcilaso; las *Tragedias* de Shakespeare, los *Ensayos* de Montaigne (en francés), los textos de Erasmo, Descartes y Voltaire, las novelas de Balzac, Dumas y Zola, y las *Reglas y consejos sobre investigación científica*, que Cajal había publicado en 1898».

En 1903 Marañón inicia los estudios de medicina en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Central de Madrid en el antiguo edificio de San Carlos en la Calle de Atocha número 106, actualmente Colegio de Médicos e Instituto Nacional de Administración Pública (INAP). Es en este contexto de su formación médica en el que el genio de Marañón empezará a manifestarse. A lo largo de los cinco cursos de la licenciatura no solo recibió las enseñanzas teóricas de grandes maestros (Federico Olóriz, Juan Madinaveitia, Santiago Ramón y Cajal, Manuel Alonso Sañudo, Alejandro

San Martín y José Gómez Ocaña) sino que se implicó y destacó desde muy pronto en las actividades de formación práctica que le ofrecieron: jefe de prácticas de Olóriz en su asignatura de anatomía de segundo curso, alumno interno de Madinaveitia en la Sala de Disecciones del Hospital General de Madrid, ayudante de San Martín en la asignatura de anatomía quirúrgica y ayudante de investigación de Sañudo en su laboratorio de patología médica, donde realizó su primera investigación sobre las glándulas de secreción interna. En el último curso de la carrera (1908-1909), antes de licenciarse, publica 7 artículos en la Revista Clínica de Madrid y, animado por Olóriz, se presenta al Premio Martínez Molina que convoca la Real Academia de Medicina y que no se concedía desde 1904 cuando fue otorgado a Ramón y Cajal. El trabajo de Marañón titulado «Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo del hombre: examen anatómico e histológico de la región tiroidea de 180 cadáveres» lo presenta bajo el pseudónimo de Sandström, el nombre del histólogo sueco descubridor de las glándulas paratiroides. Cuando el jurado concede el premio al trabajo de Marañón quedó desconcertado al comprobar que el autor del mismo era un estudiante de medicina que no había terminado todavía la carrera. El premio conllevaba, además de una cantidad de dinero, el nombramiento de *académico correspondiente* con derecho a colaborar y participar en las sesiones de la Real Academia, pero exigía reglamentariamente ser licenciado en medicina, por lo que la concesión del premio tuvo que posponerse unos meses hasta que Marañón finalizara la carrera, lo que hizo en junio con la calificación de sobresaliente y premio extraordinario.

La formación académica y profesional de Marañón se completa en los dos años siguientes con la realización del Doctorado y la concesión de una beca de estudios para perfeccionar sus conocimientos de química biológica en Frankfurt (Alemania) con Paul Ehrlich, el descubridor del primer tratamiento eficaz de la sífilis (el *sarvastan* o 606) y seguir las enseñanzas de Ludwig Edinger, famoso fisiólogo y anatomista del cerebro. A su vuelta, Marañón publica el libro «Quimioterapia moderna según Ehrlich: tratamiento de la sífilis por el 606», y en un solo año (1911) defiende la Tesis Doctoral «La sangre en los estados tiroideos» con premio extraordinario, se presenta a las oposiciones a médico de la Beneficencia Provincial de Madrid, obteniendo el número uno, publica un libro y 33 artículos (entre ellos, 12 en la Revista Clínica de Madrid, 16 en el Boletín de la Sociedad Española de Biología y 1 en Anales de la Real Academia de Medicina), se casa con Dolores Moya, hermana de un compañero del colegio e hija de Miguel Moya, amigo de su padre y director del periódico El Liberal, y establece su vivienda con consulta privada en la Calle Marqués de Villamejor 4, próxima al domicilio paterno, en pleno centro del barrio madrileño de Salamanca.

A partir de esta fecha el prestigio y la fama de Marañón se disparan hasta tal punto que, en palabras de Laín Entralgo, «al cumplir 35 años, Marañón ha alcanzado la alta planicie de figura nacional e internacional que desde entonces hasta su muerte va a ser

su vida pública». Lo que sigue es un resumen de cuatro facetas de Marañón que ilustran ese imparable ascenso —el científico, el médico, el escritor y el político— seguido de una caracterización de su figura basada en el sugestivo análisis psico-bibliográfico que hizo la psicóloga e historiadora Alejandra Ferrándiz en su Tesis Doctoral «La Psicología de Gregorio Marañón» (Madrid, 1984).

MARAÑÓN CIENTÍFICO

Tras ganar la plaza de médico de la Beneficencia Provincial de Madrid, Marañón se incorpora al Hospital General, próximo al edificio de San Carlos, el mismo hospital universitario en el que había trabajado e investigado como estudiante en la Sala de Disección y en los laboratorios (actual Centro de Arte Reina Sofía). Solicitó la plaza vacante de Director del Servicio de Enfermedades Infecciosas, tal vez motivado por su compromiso con Ehrlich de investigar el nuevo fármaco contra la sífilis en otras patologías infecciosas (tuberculosis, tífus exantemático y viruela). Pero también por su declarada vocación como médico general, más que como endocrinólogo, pese a ser la endocrinología la especialidad que le dio la fama como científico. No le gustaba que le llamaran endocrinólogo en el sentido de especialista en una rama de la medicina. Prefirió que le llamaran biólogo o patólogo entendiendo que la base de la medicina científica no estaba en la endocrinología sino en la fisiología, esto es, en el funcionamiento coordinado de los dos grandes sistemas reguladores de la vida, el sistema nervioso y el sistema endocrino. «La correlación humoral no puede considerarse como un mecanismo fisiológico independiente, sino paralelo al mecanismo de la correlación nerviosa; más que paralelo, íntimamente entrelazado con éste, puesto que en cada momento funcional es imposible su mutua separación neta».

La labor directiva de Marañón en el hospital se focalizó desde muy pronto en la transformación del Servicio de Enfermedades Infecciosas -situado en el último piso del hospital, en salas con techos abuhardillados donde los pacientes yacían hacinados- en un auténtico Departamento Universitario de Docencia e Investigación Clínica ubicado en un nuevo edificio de tres plantas construido en los jardines del hospital con salas decentadas, aulas y laboratorios. Funcionó como Pabellón de Infectados durante 12 años hasta que en 1924 se construye el nuevo Hospital del Rey (actual Instituto de Salud Carlos III), convirtiéndose entonces en el Pabellón de Patología Médica y posteriormente, en 1931, en el Instituto de Patología Médica, el mismo año en que Marañón es nombrado Catedrático de Endocrinología.

A Marañón se le considera el padre de la endocrinología española (Orozco, 1999). Sin embargo, no fue el primero en investigar y publicar sobre las glándulas de secre-

ción interna. Tres profesores suyos (José Gómez Ocaña, Enrique Fernández Sanz y Manuel Alonso Sañudo), entre otros muchos, se adelantaron. Según Antonio Orozco, fue la perspicacia de Marañón al entrever su importancia futura, junto a «la precocidad de sus escritos, su increíble fertilidad y lo extenso y preciso de sus observaciones, lo que hizo eclipsar a nivel nacional a cualquiera de sus antecesores y contemporáneos». La fama de Marañón como científico se sustenta en cuatro pilares: su inmensa producción científica en revistas y libros especializados, su proyección internacional, su indudable liderazgo dentro de la disciplina y la acumulación de distinciones y reconocimientos académicos.

La increíble producción científica de Marañón en el año 1911, ya mencionada, se repite año tras año hasta su muerte en 1960. La detallada relación de sus publicaciones recogida en el trabajo bibliográfico de Antonio López Vega (2009), entre 1909 y 1960, muestra un total de 1874 publicaciones con un promedio de 36 por año y un rango de variación con un mínimo de 3 en el año 1941, durante su exilio en París, y un record de 86 en 1934, durante la Segunda República. Son trabajos escritos mayoritariamente en solitario (83,5%) o con un solo colaborador (11%). Las publicaciones científicas, aproximadamente la mitad (48%), son artículos en revistas y libros cuyo contenido está relacionado directamente con la endocrinología o la patología médica. Los artículos se concentran en revistas españolas entre las que destacan, por su volumen de producción, la Revista Clínica de Madrid, el Boletín de la Sociedad Española de Biología, La Medicina Íbera, la Gaceta Médica Española y el Boletín del Instituto de Patología Médica. Marañón también publicó artículos en un considerable número de revistas extranjeras, sobre todo francesas, destacando, también por su mayor volumen, la *Revue Française d'Endocrinologie* (5), *Presse Medicale* (4) y *Revue de Medecine* (3).

Además, publicó casi un centenar de libros. Entre sus libros científicos, destacan los dedicados a sistematizar la nueva disciplina de la endocrinología: «Las glándulas de la secreción interna y la nutrición» (1914), «La doctrina de las secreciones internas: Su significación biológica y su aplicación a la patología» (1915), «El estado actual de la doctrina de las secreciones internas» (1922) y «Manual de las enfermedades endocrinas y del metabolismo» (1939). Otros tres libros de Marañón destacan por su fuerte impacto en la medicina académica de la época: «Manual de Medicina Interna» (1916, 1920), «La Edad Crítica» (1919) y «Manual de Diagnóstico Etiológico» (1943). El «Manual de Medicina Interna», coordinado por Marañón y Teófilo Hernando, tiene el mérito de ser el primer tratado de medicina interna escrito totalmente por autores españoles. Consta de tres volúmenes, aunque solo se publicaron el primero y el tercero, éste último con dos capítulos de Marañón sobre endocrinología y nutrición, respectivamente. El libro «La Edad crítica» es considerado como uno de los libros de endocrinología «más logrados» (Orozco, 1999) y «una joya imperecedera» (Laín Entralgo, 1975). El «Manual de Diagnóstico Etiológico» es un extenso libro de mil

páginas sobre etiología y diagnóstico diferencial que fue obra de consulta para varias generaciones de médicos (Prieto, 2010). A todo ello hay que añadir una larga lista de libros monográficos sobre temas endocrinológicos específicos: la diabetes insípida, la enfermedad de Addison, las enfermedades del tiroides, el bocio y el cretinismo, la sexualidad y los estados intersexuales, el reumatismo, el climaterio de la mujer y el hombre, el crecimiento y sus trastornos, y la delgadez y la obesidad (gordos y flacos).

La obra científica de Marañón tuvo pronto una proyección internacional con traducciones y reediciones de sus libros al francés, alemán e inglés (Aguirre, 2013). En el contexto Europeo, Marañón es reconocido como uno de los pioneros de la endocrinología. Solo los tratados de endocrinología de Arthur Biedl (1910) y Wilhem Falta (1913) se adelantaron al suyo de 1914. Después llegarían los tratados de Nicola Pende (1916) y Julius Bauer (1927). Lo mismo ocurre con respecto a las revistas de endocrinología. En 1924 Marañón crea la primera revista española de endocrinología («Archivos de Endocrinología y Nutrición»), solo un año después de la francesa (*Revue Française d'Endocrinologie*, 1923) y cuatro años antes que la alemana (*Endokrinologie*, 1928). Al reconocimiento internacional de la obra de Marañón contribuyeron sus publicaciones originales en las principales revistas extranjeras de la especialidad: la francesa «*Revue Française d'Endocrinologie*», la norteamericana «*Endocrinology*» y la alemana «*Endokrinologie*». Sus publicaciones en castellano tuvieron también una rápida difusión en Latinoamérica y Portugal. Su primera revista «*Archivos de Endocrinología y Nutrición*» estuvo codirigida por Marañón, Novoa Santos y Pi y Suñer, representando a los grupos españoles de Madrid, Santiago de Compostela y Barcelona, respectivamente, y por el argentino Bernardo A. Houssay, representando a los grupos latinoamericanos, lo que facilitó la comunicación entre ellos y la visibilidad de los trabajos de Marañón en América. Un proceso similar ocurrió con respecto a Portugal. Marañón impulsó la creación de revistas que fueran los órganos de difusión de la Sociedad Española y la Sociedad Portuguesa de Endocrinología. Así surgió el «*Acta Endocrinológica Ibérica*» en 1951, posteriormente denominada «*Revista Ibérica de Endocrinología*» con endocrinólogos españoles y portugueses en el consejo editorial. Según Aguirre (2013), las publicaciones de Marañón también alcanzaron proyección internacional a través de los repertorios de bibliografía médica, como el «*Index Medicus*» y el «*Quarterly Cumulative Index Medicus*», precursores del actual «*PubMed*». Solo hasta 1936 circularon 194 publicaciones de Marañón, la mayoría artículos en castellano sobre endocrinología, metabolismo y nutrición. Así mismo, en las dos primeras bibliografías internacionales sobre endocrinología realizadas por Biedl en 1913 y 1922, la producción de Marañón ocupa el tercer lugar, solo después del propio Biedl y de Falta, ambos mayores que Marañón en 16 y 12 años respectivamente. Detrás de Marañón aparecen Bauer, Pende y Houssay.

El papel de liderazgo de Marañón en el ámbito de la endocrinología española es indiscutible. En 1914 publica el primer libro español sobre endocrinología. En 1915

imparte el primer Curso sobre Endocrinología en España, en el Ateneo de Madrid. En 1924 funda la primera revista española de endocrinología. En 1931 se crea para él la primera Cátedra española de Endocrinología adscrita a su Instituto de Patología Médica. En 1950 funda y preside la Sociedad Española de Endocrinología. En 1951 crea y dirige la revista «Acta Endocrinológica Ibérica» que pasaría a llamarse poco después «Revista Ibérica de Endocrinología». Y en 1954, tres años antes de jubilarse, organiza y preside el primer Congreso de la Sociedad Española de Endocrinología en Granada. El éxito de esta reunión es testimonio del auge que había alcanzado la especialidad cuyo principal motor sigue siendo Marañón (Orozco, 1999). Cuando en 1935 Marañón hace un balance del camino recorrido en los primeros veinticinco años de labor endocrinológica reconoce las dificultades pero también los logros conseguidos. «Bien sé que nuestra obra, mirada desde esta cima de los veinticinco años, es más extensa que profunda... Cuando mi generación empezó a trabajar, con un sentido moderno, en la clínica y en la investigación aplicada a la clínica, estábamos en la situación de Robinsón Crusoe, que tuvo que ser albañil, cazador, cocinero, maestro y público de sí mismo... El significado real del progreso que los estudios endocrinológicos han aportado a la Medicina no está en la enorme cantidad de síntomas y síndromes nuevos... ni siquiera en la eficacia incomparable de muchas opoterapias... sino en el descubrimiento de las hormonas y su papel excitador, inhibidor, regulador de la totalidad de los grandes procesos vitales... Si de algo me enorgullezco en mi vida científica es de haberme atrevido, en el curso que pronuncié en el Ateneo en el año 1915, a considerar el problema de las secreciones internas en este aspecto trascendental y general, estudiando las hormonas como moldes y andamiajes de la biología individual, y no como un capítulo más de la patología... El estudio endocrino de un ser humano no conduce, pues, como tampoco el estudio psicoanalítico, al rótulo de una enfermedad –hipertiroidismo, diabetes, etc.–, sino a una ecuación personalísima del enfermo, a la que las enfermedades se han de ajustar y someter» (Marañón, 1935a).

En ese mismo curso del Ateneo de 1915, ante un público repleto de prestigiosos médicos, damas elegantes de la sociedad madrileña, políticos y escritores, un joven Marañón de veintiocho años dedica una de sus conferencias a hablar de «sexo, sexualidad y las secreciones internas». Como ha señalado Gómez-Santos (1971), el tema suponía no solamente un punto de vista novísimo, sino audaz. Marañón explica las bases hormonales de las diferencias morfológicas (corporales) y funcionales (psicosociales) entre hombres y mujeres y expone su teoría biológica de la intersexualidad, según la cual el desarrollo individual parte de una bisexualidad indiferenciada (hermafroditismo). Solo posteriormente se inicia la diferenciación en el sentido masculino o femenino dependiendo de la maduración de las glándulas genitales (testículos y ovarios). Pero los caracteres del sexo contrario permanecen amortiguados, latentes, pudiendo revivir y determinar espontáneamente una inversión sexual más o menos

acentuada. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en los niños al inicio de la pubertad (fase de feminización) y en las mujeres durante el climaterio (fase de masculinización). Para Marañón, en sintonía con la visión pansexualista de Freud, el grado de intersexualidad presente a lo largo del desarrollo (entre un máximo de indiferenciación y un máximo de diferenciación) es el que determina la variedad y complejidad de los comportamientos humanos tanto sexuales como no sexuales y tanto normales como patológicos. Sin duda, el éxito de este curso de Marañón en el Ateneo, acompañado de la habitual publicidad en la prensa madrileña, contribuyó a incrementar su popularidad y su prestigio como científico.

Por último, los premios y reconocimientos académicos que recibió Marañón a lo largo de su vida constituyen otro de los pilares en los que se sustenta su fama. Al premio «Martínez Molina» que le concedió la Real Academia de Medicina en 1909, siguió en 1914 el premio «Álvarez Alcalá» también de la Real Academia de Medicina por su trabajo «Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición» y en 1922 su nombramiento definitivo como Académico de número de la Real Academia de Medicina. Su discurso de ingreso, sobre el «Estado actual de la doctrina de las secreciones internas», fue pronunciado en un acto repleto de público presidido por el Ministro de Instrucción Pública, el Rector de la Universidad Central de Madrid y el Director de Sanidad. Al día siguiente, *El Liberal* publica un artículo en primera plana con un retrato de Marañón y el titular «Marañón inmortal». En 1928 la revista «Los Progresos de la Clínica» organiza un acto homenaje a Marañón en la Facultad de San Carlos, al que siguió en 1929 el «Libro-Homenaje a Marañón», un volumen de más de mil páginas con 86 colaboraciones de importantes figuras de la ciencia médica nacional y extranjera (entre ellos, Teófilo Hernando, Jiménez Díaz, Lafora, Novoa Santos, Pittaluga, Pí y Suñer, Falta, Parhon, Pende y Labbé). En 1931 por orden de la Presidencia del Gobierno es nombrado Catedrático de Endocrinología de la Facultad de Medicina de Madrid. En 1932 es nombrado Doctor Honoris Causa por La Sorbona de París; en 1933 Académico de la Real Academia de la Lengua; en 1936 Académico de la Real Academia de la Historia; en 1939 Doctor Honoris Causa por la Universidad de Perú y Académico correspondiente de la Academia de Artes y Letras de Cuba; en 1946 Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oporto; en 1947 Académico de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; en 1953 Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y miembro extranjero de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Francia; y en 1959, el año anterior a su muerte, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Coimbra. A esta larga lista habría que añadir los numerosos homenajes que recibió de Universidades y Sociedades Científicas durante sus dos viajes triunfales –en palabras del propio Marañón– a Latinoamérica en 1937 y 1939 cuando visitó Uruguay, Argentina, Chile, Perú y Brasil e impartió 44 conferencias en 40 días.

MARAÑÓN MÉDICO

Marañón destacó muy pronto como médico excepcional en sus dos actividades profesionales: el hospital y la consulta privada. En el Hospital General de Madrid, en su Servicio de Enfermedades Infecciosas, libremente elegido, siguió los pasos de su maestro don Juan de Madinaveitia, el «santo rebelde» que revolucionó tanto el tipo de medicina que se ejercía tradicionalmente en el Hospital como las condiciones socio-sanitarias en las que se encontraban los enfermos. En su discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia en 1936, Marañón repasa la historia del Hospital General desde sus orígenes como asilo de pobres fundado en 1596 por Cristóbal Pérez de Herrera, protomédico de Felipe II. Reconoce que gran parte de las glorias y las deficiencias del Hospital se deben a su tradición de asilo, «tradición magnífica, pero llena de tanta pesadumbre». Su transformación en un centro de medicina moderna se produce tardíamente, ya entrado el siglo XX. Madinaveitia fue el primero en enterrar la tradición de explorar y tratar al enfermo como un acto de magisterio solemne lanzando en la cabecera del enfermo teorías más o menos discutibles ante jóvenes aprendices. «Lleno de afán de objetividad, empezó a coger a los enfermos, a desnudarlos, a hacerles una exploración detenida y a valorar los síntomas, inaugurando en España el primero de los centros científicos de Madrid que empezó a hacer autopsias sistemáticamente». Más importante fue la lucha de Madinaveitia por dignificar el Hospital. «Existía todavía el bochornoso espectáculo de las salas abuhardilladas, mal llamadas salas, que no eran más que pasillos con techos tan bajos que los que eran altos, como él, tenían que pasar la visita encorvados. En estas salas recibían asistencia los enfermos, no solamente los comunes, sino los infecciosos que, por monstruoso que parezca, en lugar de tener las salas mejores, eran llevados a aquellas buhardillas donde los contagios se multiplicaban y donde cada vez que surgía una epidemia ocurrían verdaderos cataclismos. Don Juan Madinaveitia no transigió con esto, y como entonces las Diputaciones provinciales no eran ni tan comprensivas ni tan generosas como ahora, emprendió la transformación de las buhardillas con sus medios particulares. Era yo interno suyo y asistí a toda su obra de derribar las buhardillas y hacer las salas, que todavía subsisten, con muchos menos elementos que los que se han tenido después, pero que entonces representaban un inmenso progreso, con laboratorios, con aulas, con pequeñas salas de experimentación».

Marañón siguió los pasos de su maestro y no se avino a que los enfermos infecciosos de su Servicio permanecieran en aquellos locales hacinados e inició una campaña que él mismo calificó de violenta y que le costó dos expedientes de la Diputación, «de los cuales escapé bien, probablemente, porque mi buen padre era entonces Diputado». Cuando todas las voces oficiales eran sordas al arreglo de aquel tremendo error higiénico, la única persona que le escuchó fue la Superiora del Hospital, sor Ventura

Pujadas, quien con sus propios medios y los que aportó Marañón, construyó en el jardín del Hospital, donde había una barraca en la que en los momentos de epidemia se hacinaban los enfermos, un pequeño pabellón que luego se fue ampliando hasta convertirse años más tarde en el Pabellón del Instituto de Patología Médica. Allí pudieron tener los enfermos un albergue más digno y donde fueron tratados con un espíritu moderno hasta que en 1924 se construyó el nuevo Hospital de Infecciosos.

La voz de Marañón no se limitó a denunciar las malas condiciones sanitarias de su hospital. Se alzó en otras muchas ocasiones para denunciar las pésimas condiciones socio-sanitarias de su ciudad –Madrid– que favorecían las infecciones y epidemias. Sus artículos en «El Siglo Médico» y «El Liberal» alertaban de los riesgos de epidemias de tífus exantemático debido al hambre y la pobreza y hacía responsables a las autoridades gubernativas, que reprimían la mendicidad «lanzando a la calle a los guardias a la caza de mendigos» para su internamiento en asilos y campamentos sin tener en cuenta criterios sanitarios. «En los campamentos, los detenidos no son bañados, ni despiojados; se amontonan como rebaños, en habitaciones sin ventilación, se les tiene descalzos y medio desnudos, apenas se les da de comer; y, en una palabra, se les pone en condiciones óptimas para que surjan en ellas las varias epidemias que prenden en los ambientes donde se reúne el hacinamiento, el hambre y la suciedad, entendiéndose por ésta principalmente la abundancia de parásitos... Solo cuando haya garantías de que los pobres recogidos serán bien tratados, bien alimentados, bien vestidos y escrupulosamente desinfectados, solo entonces puede lanzarse a la calle a los guardias encargados de la caza de los mendigos» (Marañón, 1919a).

Además de sus campañas sanitarias dentro del hospital y en la prensa médica (Marañón, 1920a, 1920b, 1920c, 1921a), Marañón tuvo un papel destacado en dos eventos socio-sanitarios que incidieron de modo decisivo en su popularidad y su prestigio médico: la pandemia de gripe que asoló España y Europa en 1918 y el viaje de Alfonso XIII a Las Hurdes en 1922.

La pandemia de gripe de 1918, originada en Estados Unidos, pasó a Europa a través de los soldados del ejército americano durante la Primera Guerra mundial. Los primeros casos en Europa se detectaron, al parecer, en Francia en los primeros meses del año. La gripe pasó al Reino Unido, después a Italia, a Alemania y, por último, a España, que por ser un país neutral no censuró las noticias sobre la expansión y gravedad de la enfermedad, de ahí que se le diera el nombre de «gripe española» por parecer que España era el único país afectado. Se registraron tres oleadas de contagios, en primavera, en otoño y en invierno. Se calcula que en mayo de 1918 más de la mitad de la población de Madrid había contraído la enfermedad (Biblioteca Nacional de España, 2022). En septiembre, la Inspección de Sanidad y el Ministerio de la Gobernación acordaron enviar a Francia a un grupo de observadores para recoger datos sobre la etiología y la evolución de la pandemia. Las tres personas elegidas por su prestigio en el campo de la

epidemiología fueron Gustavo Pittaluga, Catedrático de Parasitología de la Universidad de Madrid, Antonio Ruiz Falcó, Director de la Sección de Bacteriología del Instituto de Higiene Alfonso XIII, y Gregorio Marañón, Jefe del Servicio de Enfermedades Infecciosas del Hospital General de Madrid. Marañón cuenta los detalles de esta misión en el magnífico prólogo que escribió para el libro de André Maurois sobre Fleming (Marañón, 1959). Los tres visitaron numerosos hospitales franceses abarrotados de enfermos; se trasladaron al frente de Reims donde la epidemia causaba más víctimas que la guerra misma; en París conocieron al famoso neurólogo Joseph Babinski en el Hospital de la Pitié-Salpêtrière, donde Ruiz Falcó estuvo hospitalizado por haberse contagiado de la gripe, y a Harvey Cushing, el igualmente famoso neurocirujano norteamericano. Posteriormente, Marañón y Pittaluga se trasladaron al centro bacteriológico que dirigía el británico Almroth Wright en el Frente Occidental de Francia, en Boulogne-sur-Mer, donde conocieron a Alexander Fleming, años antes de que éste alcanzara la fama por el descubrimiento de la penicilina. A su regreso a Madrid, pocos días antes del armisticio que puso fin a la guerra, informaron que los síntomas y el curso de la enfermedad que ellos habían visto en Francia eran los mismos que en España, así como las mismas medidas preventivas de contención del contagio y la pandemia.

El viaje de Alfonso XIII a Las Hurdes en junio de 1922 fue otro suceso en el que Marañón tuvo un papel protagonista. Los biógrafos de Marañón suelen situar el origen del viaje en el duro discurso que pronunció en el Congreso Juan Alcalá Galiano y Osma, conde de Romilla y Diputado por Hoyos –la comarca norte de Cáceres donde se ubican Las Hurdes–, en el que denunciaba la vergonzosa situación de miseria de la zona, sin carreteras, sin médicos y sin maestros, y solicitaba medidas urgentes y concretas en tres temas: comunicación, sanidad y enseñanza. Según esta versión, a raíz del discurso, el ministro de la Gobernación, Vicente Piniés, reunió en su despacho a los doctores Marañón y Goyanes para encargarles un informe sanitario de la región hurdana. No fue así. El encargo de Piniés y el viaje de Marañón y Goyanes a Las Hurdes, acompañados del inspector de Sanidad de Badajoz, doctor Bardají, se produjeron antes del discurso del conde de Romilla. El problema hurdano era bien conocido de antiguo, incluso había denuncias recientes en escritos literarios de José María Gabriel y Galán (1904) y Miguel de Unamuno (1913). El viaje de los comisionados a Las Hurdes se produjo en abril de 1922, casi dos meses antes del discurso de Alcalá Galiano, el 2 de junio. El error en el relato de los hechos ha sido desvelado por el hurdano Urbano Martín (2019) al rescatar el discurso original del conde de Romilla del Diario de Sesiones del Congreso y publicarlo íntegramente, junto con la contestación del Ministro de la Gobernación, en su blog de internet. Dice el Diputado en su discurso: «Yo he estado en Las Hurdes recientemente, acompañando a una Comisión formada por los doctores Marañón, Goyanes y el inspector de la provincia de Badajoz, Sr. Bardají, que iban allí comisionados por el Gobierno para hacer un estudio sanitario de

aquella región sobre el terreno, y estos señores, que creo que son unas eminencias, me aseguraron que con esto que acabo de pedir al Sr. Ministro de la Gobernación, y que ellos piden en su informe oficial, se puede extinguir el paludismo en dos o tres años». En su contestación al discurso, el Ministro de la Gobernación confirma que él mismo promovió meses antes la Comisión e instó la mayor rapidez en la realización del estudio sanitario. «No tengo todavía el resultado completo de los trabajos de esas personas técnicas y competentísimas que han ido a estudiar ese problema, pero de un avance de la memoria que han de presentar al Ministerio, resulta que el daño es grande, que el origen data de siglos y que hemos llegado a una situación en la que, si no interviniera el Estado, se condenaría al suicidio a todos aquellos hombres que viven en esa comarca en condiciones de desesperación».

Cuenta Marino Gómez-Santos en su biografía de Marañón que el interés del rey Alfonso XIII en visitar Las Hurdes surgió en el contexto de un almuerzo organizado por la marquesa de Villavieja en su casa de Madrid para facilitar el acercamiento de los intelectuales al Rey. En dicho almuerzo, al que asistieron, entre otros, Pío Baroja, Ramón y Cajal, Ortega y Gasset, Pittaluga y el propio Marañón, éste último contó su reciente viaje a Las Hurdes. El Rey que escuchó con atención el relato, dijo que era preciso visitar personalmente la zona, acompañado de algunos ministros del Gobierno y los médicos que habían estudiado el problema sanitario. El viaje se realizó los días 20, 21, 22, 23 y 24 de junio. Gómez-Santos relata con todo detalle el diario del viaje, realizado en automóvil y a caballo. En el automóvil del Rey, conducido por él mismo, viajaba Marañón. Al finalizar el viaje, a instancia de Alfonso XIII, se creó el Real Patronato de Las Hurdes, que funcionó como tal entre 1922 y 1931. Marañón, que fue miembro del Patronato en los primeros años, contribuyó a poner en marcha las medidas socio-sanitarias para luchar con rapidez y eficacia contra las principales enfermedades de la región (paludismo, bocio, cretinismo, tifus y viruela) producidas fundamentalmente por el aislamiento, la pobreza, la falta de higiene y la alimentación deficitaria (Domínguez, 2007). El impacto del viaje del Rey y de la posterior obra socio-sanitaria del Patronato, considerada en la época modelo de acción transformadora por parte del Estado de una pequeña parcela deprimida de España, tuvo su reflejo mediático en los principales periódicos del país (El Sol, El Liberal, El Imparcial y El Debate) donde el nombre del eminente médico Doctor Marañón aparecía siempre entre sus líneas.

A todo lo anterior, hay que añadir la fama que Marañón adquirió como médico de consulta privada. Mantuvo siempre un despacho de consulta médica en todas las viviendas familiares en las que habitó sucesivamente en Madrid (todas en calles del barrio de Salamanca: Lista, Serrano, Castellana). Fue el médico de moda de la alta burguesía madrileña. Entre sus pacientes se encontraban políticos, intelectuales, artistas y la propia familia real. Una de sus primeras pacientes fue la infanta Eulalia, la hija menor de Isabel II, recomendada por un Catedrático de Medicina de París que había

leído uno de los libros tempranos de Marañón traducido al francés. Después seguirían la reina María Cristina, la reina Victoria, y el mismo rey Alfonso XIII. Atendió también a sus amigos cuando enfermaron (Galdós, Menéndez Pelayo, Pío Baroja, Cajal, Ortega y Gasset, Teófilo Hernando). Su actividad diaria habitual –por la mañanas, el Hospital, y por las tardes, la consulta privada– la mantuvo hasta poco antes de su muerte (Gómez-Santos, 1971). Se levantaba temprano –en torno a las cinco de la mañana– para escribir, preparar clases y programar los planes terapéuticos de sus enfermos privados. Acudía al Hospital antes de la diez y dedicaba el resto de la mañana a pasar consulta médica, recorrer las salas de los enfermos y tener sesiones clínicas o sesiones de Anatomía Patológica con sus colaboradores –martes, jueves y sábado– o impartir el curso de Endocrinología a los alumnos de Doctorado –lunes, miércoles y viernes–. Regresaba a casa para el almuerzo y, después de un breve descanso, dedicaba las tardes a la consulta privada, entre 15 y 20 pacientes cada tarde, según Botella Llusia (1972). Solo los jueves interrumpía la consulta para asistir a la sesión de la Real Academia de Medicina. Por la noche solía quedarse leyendo o trabajando hasta después de medianoche. Evidentemente, para Marañón, no eran necesarias más de cinco horas para dormir y seguir trabajando a pleno rendimiento el día siguiente.

MARAÑÓN ESCRITOR

La extraordinaria capacidad de trabajo que tenía Marañón no le sorprendió a Cajal, su admirado maestro, quien al recibir unos trabajos de Marañón en 1929 le escribió estas líneas: «Atraviesa usted una fiebre de actividad suprainfensiva, polivalente y fecundísima. Asombra como puede usted atender conjuntamente con el Servicio del Hospital y su copiosa clientela, a tantos requerimientos periodísticos y, lo que es más notable, que tenga tiempo para escribir prólogos y admirables libros de divulgación científica henchidos de datos y observaciones y críticas originales» (López-Vega, 2011). En ese año de 1929 Marañón todavía no había debutado con su serie de libros históricos: *Ensayo biológico de Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1930), *Amiel: Un estudio sobre la timidez* (1932), *Las ideas biológicas del padre Feijoo* (1934), *El conde-duque de Olivares: La pasión de mandar* (1936), *Tiberio: Historia de un resentimiento* (1939), *Luis Vives: Un español fuera de España* (1942), *Españoles fuera de España* (1947) y *Antonio Pérez: El hombre, el drama, la época* (1947). Son libros extensos, algunos extensísimos, como *El conde-duque de Olivares*, con 496 páginas, y *Antonio Pérez*, con 1177 páginas.

Los primeros trabajos no estrictamente médicos de Marañón aparecieron en la prensa y estaban relacionados con temas sociales y políticos, al estilo de sus campañas sobre las malas condiciones del Hospital General y la mendicidad en Madrid. A

esto contribuyó sin duda su facilidad para publicar en *El Liberal*, el periódico de su suegro. Pero pronto inició dos actividades literarias que mantuvo durante toda su vida: los prólogos y las reseñas de libros. Llegó a escribir 219 prólogos a libros (más de la mitad de ellos sobre temas literarios) y 101 reseñas de libros. Los discursos que pronunció en las Academias a las que perteneció, tanto de ingreso como de contestación al discurso de ingreso de otros académicos, así como los discursos en otros muchos actos públicos a los que fue invitado (en homenaje a él o a otras personas) son casi todos sobre temas culturales e históricos. Ocupan todo un volumen de los diez que conforman sus obras completas publicadas por Espasa-Calpe (1966-1977). Llama la atención, por ejemplo, que solo en el viaje que hizo a Perú en agosto y septiembre de 1939 pronunciara 13 discursos. Lo mismo se puede decir de las conferencias, que cubren más de 1000 páginas en otro de los volúmenes de sus obras completas. Marañón lo escribió todo y lo escribió todo a mano. Escribía con una letra indecifrable, habitual en médicos, por lo que necesitó un amanuense hasta que su mujer, años más tarde, pudo ayudarlo a pasar sus escritos a máquina. Contaba Marañón que aprovechaba cualquier rato libre para escribir, entre consultas, mientras sus amigos fumaban, o cuando viajaba en tren, un auténtico «traperero del tiempo».

Sin embargo, contó con un recurso excepcional para poder escribir con tranquilidad, alejado del ruido de Madrid, cuando sus compromisos cotidianos se lo permitían: el Cigarral de Menores. En 1922 Marañón adquiere esta casa-convento a las afueras de Toledo con jardines, patio, huerto e impresionantes vistas panorámicas sobre la silueta de la ciudad a la puesta del sol («el incendio fingido de la ciudad, entre las llamas doradas del crepúsculo»). Marañón había alcanzado ya fama y fortuna. El edificio había sido convento de clérigos menores desde el siglo XVII. En el siglo XIX, tras la desamortización, pasó a manos seglares. Gustavo Adolfo Bécquer habitó el edificio cuando visitaba Toledo algunas temporadas. Aún se conserva en los jardines, contaba el doctor Marañón, el banco de ladrillo donde, según la tradición, se reunía Bécquer con sus amigos poetas. Marañón adaptó el edificio y lo decoró con muebles, obras de arte y una magnífica biblioteca repleta de libros. En esa biblioteca escribió Marañón casi toda su obra: prólogos, discursos, conferencias, artículos, ensayos y, por supuesto, sus libros históricos. «Aquí me he serenado de mis tempestades y he escrito casi todos mis libros» (Gómez-Santos, 1971). El Cigarral fue también el lugar de encuentro de amigos y grandes personalidades de la política y la cultura. Entre los primeros, Unamuno, García Lorca, Valle-Inclán, Azorín, Ortega y Gasset, el conde de Romanones, Pérez de Ayala, Salvador de Madariaga, Juan Belmonte y Juan March. Entre los segundos, Charles de Gaulle, Eduardo Herriot, Azaña, Martínez Barrios, Marie Curie, Fleming, Waksman, H. G. Wells, John Steinbeck y Jean Cocteau.

Marañón escribió sobre temas muy variados. En sus artículos no médicos abundan los dedicados a España, a la política y a personajes históricos (científicos, escritores y

artistas) junto a temas tan diversos como la religión, el arte, el libro, el vino, la cocina o la naranja. La mayor parte de estos artículos se publicaron en periódicos y revistas no médicas: La Nación (Argentina), Hoy (México), El Liberal (España), ABC (España), Revista de Occidente (España) y Ya (España). La fama de Marañón como intelectual y humanista le vino, además de por este interés culto e ilustrado en casi todo, por sus libros de ensayos y sus libros históricos. En sus libros de ensayos agrupa temas publicados previamente (*Vocación y Ética y otros ensayos, La Medicina y Nuestro Tiempo, Ensayos Liberales, Efemérides y Comentarios*) o desarrolla temáticas solo esbozadas con anterioridad (*Raíz y Decoro de España, Vida e Historia, Tiempo viejo y Tiempo nuevo, Elogio y Nostalgia de Toledo*). Son ensayos escritos, según opinión de Lain Entralgo (1975), al estilo de Unamuno y Ortega, con cierto tono moralista. Marañón perteneció a dos generaciones de escritores, la del 98 (Pío Baroja, Azorín, Unamuno, Antonio Machado, Ángel Ganivet) y la del 14 (Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors, Juan Ramón Jiménez, Manuel Azaña, Gabriel Miró). Compartió los ideales de ambas: la regeneración de España mirando críticamente hacia dentro (Castilla) y admirativamente hacia fuera (Europa). El europeísmo de Marañón fue evidente. Sintió la necesidad de que la ciencia española se pusiera a la misma altura que la de sus vecinos (Alemania, Francia, Inglaterra) y trabajó intensamente, al lado de otros contemporáneos suyos (Gonzalo Rodríguez Lafora, Augusto Pi y Suñer, Nicolás Achúcarro, Gustavo Pittaluga, Roberto Novoa Santos) para que en el ámbito de su especialidad –la ciencia médica– Cajal fuera el modelo a imitar.

Sin embargo, es en sus libros biográficos sobre personajes históricos o literarios donde la genialidad de Marañón deslumbró más. Sus personajes son diseccionados desde el punto de vista biológico y psicológico en lo que se ha venido a llamar la psico-historia (Carpintero, 2010b). Marañón incorpora al trabajo propiamente histórico la herramienta que le proporciona su condición de médico endocrinólogo conocedor de los mecanismos reguladores de los grandes procesos vitales –las hormonas– «que nos han permitido llegar a entrever la base química de la constitución y, por tanto, de la herencia, hacia atrás; y hacia adelante, de los posibles modos de reacción fisiológicos y patológicos del individuo; es decir, por un lado y por otro, de las raíces más finas y expresivas de la personalidad... Hoy sabemos que, en gran parte, la ficha íntima de identificación, estrictamente personal, de cada ser vivo es una fórmula endocrina que condiciona sus posibilidades hereditarias, la determinación de su sexo y el de sus sucesores; el auge y los accidentes de su vida sexual; su estructura morfológica; sus reacciones vegetativas; su índice de emotividad; el tipo de sus rasgos psicológicos y el cálculo de probabilidades de sus posibles enfermedades futuras» (Marañón, 1935a).

Con esta herramienta, Marañón aborda el estudio del comportamiento de sus personajes teniendo en cuenta, al mismo tiempo, su circunstancia histórica y social, sabedor de que «biológicamente nuestro destino está escrito sólo a medias, porque el

destino es el producto entre la energía inicial y los obstáculos del ambiente que no están previstos en los cromosomas paternos» (Marañón, 1935b). En su primer libro histórico –«Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo» (1930)– Marañón disecciona la personalidad del monarca basándose en las crónicas de la época sobre su presunta impotencia sexual y el descubrimiento de determinados signos médicos –«la mano fría»– indicativos de hipogenitalismo. El libro sobre el profesor ginebrino Henri F. Amiel, que lleva por subtítulo «Un estudio sobre la timidez», está basado en el «Diario» que el profesor escribió y que permite a Marañón indagar sobre el origen sexual de su timidez: la conciencia de su inferioridad física para el amor. El libro «Tiberio: Historia de un resentimiento» (1939) se apoya igualmente en un análisis médico y psicológico del resentimiento del emperador romano vinculado a su timidez, su escepticismo y sus perturbaciones sexuales. Los dos libros de Marañón más extensos –«El conde-duque de Olivares: La pasión de mandar» (1936) y «Antonio Pérez: El hombre, el drama, la época»– son libros en los que, más que el médico, predomina el análisis minucioso y bien documentado de la sociedad española de la época del valido de Felipe IV y del secretario de Felipe II, respectivamente. En opinión del historiador Luis Granjel (1960), son libros que por su amplia información documental y el rigor que tiene su estructura, suponen una aportación histórica de capital importancia. Capítulo aparte merece el libro-ensayo sobre el personaje literario de don Juan publicado en 1940 y que Marañón ya había expuesto en ensayos y conferencias anteriores provocando una fuerte controversia. Para Marañón, don Juan «posee un instinto inmaduro, adolescente, detenido frente a la atracción de la mujer en la etapa genérica (intersexual indiferenciada) y no en la etapa estrictamente individual (ultradiferenciada), que es la perfecta. Ama a las mujeres, pero es incapaz de amar a la mujer» (Marañón, 1940). Los libros históricos de Marañón son los libros que tuvieron mayor éxito entre el público y que más contribuyeron a su fama como escritor. «Mi don Juan –contó Marañón a Marino Gómez-Santos– ha sido y es el libro que más se ha vendido de todos los míos en España y fuera de España».

MARAÑÓN POLÍTICO

Marañón vivió desde su niñez rodeado de personas implicadas en la política activa española. Su padre, Manuel Marañón y Gómez-Acebo, miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, fue Diputado provincial de Madrid. Su suegro, Miguel Moya Ojanguren, Director de El Liberal y Presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid, fue Diputado y Senador en el Congreso. Benito Pérez Galdós, su mentor infantil y amigo de por vida, fue Diputado por el Partido Liberal y, más tarde, por el Partido Socialista. Uno de sus maestros más próximos, por haber sido Ayudante suyo

en la Facultad de Medicina –Alejandro San Martín–, fue Ministro de Instrucción Pública. Su amigo y Catedrático de Parasitología, Gustavo Pittaluga, con quien hizo el viaje a Francia en 1918, fue también Diputado en el Congreso. Sus contactos con personalidades de la política se multiplicaron a partir de su Curso sobre Endocrinología en el Ateneo, la Institución de mayor prestigio cultural en Madrid, y muy particularmente, después de su viaje a Francia por motivos de la pandemia de gripe. Dos de estas personalidades, el conde de Romanones y el marqués de la Vega-Inclán –además del propio Rey– terminaron siendo amigos de Marañón. El conde de Romanones, Álvaro Figueroa y Torres, Jefe del Partido Liberal, fue tres veces Presidente del Gobierno durante el reinado de Alfonso XIII. El marqués de la Vega-Inclán, Benigno Mariano de la Vega-Inclán y Flaquer, fue el primer Comisario Real de Turismo y Cultura. Según cuenta Gómez Santos (1971), en la casa del marqués se celebraban almuerzos a los que asistía el Rey, sin protocolo, y también Marañón, y donde se decidieron algunas de sus grandes obras (La Casa Museo del Greco en Toledo, El Patronato de la Alhambra, los Paradores Nacionales y el Museo Romántico de Madrid).

A esta proximidad física de familiares y amigos políticos hay que añadir la proximidad ideológica propia de los miembros de dos generaciones de españoles cuyos ideales europeístas les obligaban a vivir el espectáculo de la historia no desde la cómoda posición de la barrera sino desde dentro del mismísimo ruedo donde se mueven los protagonistas de la acción. Así lo reconoce el propio Marañón: «El entusiasmo por la España futura, el afán de atarla a lo más puro de nuestro pasado echó una carga excesiva sobre los hombros de aquellos españoles representativos de dos generaciones, la del 98, del siglo pasado, y la del 14, del actual, que nos parecían entonces casi antagónicas y hoy están fundidas en el gran crisol del tiempo. Quisimos con noble codicia hacerlo todo, lo nuestro –nuestro oficio– y todas esas otras actividades que son lujo de la vida civilizada y que cuando el ambiente de la cultura es denso se reparten entre centenares de voluntarios. En los últimos cuarenta años de España unas docenas de forzados han tenido que hacerlo todo: la profesión con que ganar la vida, la investigación, el libro y el artículo, la conferencia, el viaje cultural. Lo hacían, la mayor parte de ellos, con el corazón puesto en España, pero agobiados por la diversidad y el volumen del quehacer que, acaso desde fuera, los demás, los cansados de la inmensa fatiga de no hacer nada, estimaban pruebas de intolerable vanidad» (Marañón, 1936).

Después de su viaje a Francia en 1918, Marañón empezó a ocupar cargos públicos durante Gobiernos liberales, primero como Consejero de Sanidad (1919), después Consejero de Instrucción Pública (1920), y más tarde, como Director del futuro Hospital del Rey de Enfermedades Infecciosas, entonces en construcción. En esos años Marañón ya era una figura nacional totalmente politizada. La Sociedad Hispánica de América («Hispanic Society of America»), a través de su Fundador, el hispanista y filántropo Archer Milton Huntington, encargó para su museo de Nueva York un retrato

de Marañón al pintor Joaquín Sorolla y un busto suyo al escultor Mariano Benlliure. Más tarde llegarían otros retratos de Zuloaga, Barral, Solana, Benedito, Macho y Vázquez Díaz. Mientras tanto, entre 1920 y 1921 Marañón utilizó su columna de *El Liberal* para denunciar políticas sanitarias y educativas escandalosas (Marañón, 1920a, 1920b, 1920c, 1921a): el problema de los hospitales, el peligro del tífus, los muertos de hambre, el verano de los niños pobres, los médicos extranjeros en España, las oposiciones en la Universidad. La política universitaria y, en particular, el sistema de acceso a las cátedras a través de oposiciones, indignó a Marañón toda su vida. Las consideraba un cáncer y una vergüenza. Después de su primera y única oposición a la que se presentó –la plaza de médico del Hospital General–, juró que no volvería a presentarse a ninguna otra. En 1920 se produce un incidente con motivo de las oposiciones convocadas para cubrir la Cátedra de Patología Médica de Barcelona a la que se presenta un jovencísimo Jiménez Díaz de veintidós años. El incidente, que apenas se menciona en las biografías de Marañón, se describe con todo detalle en la de Marino Gómez-Santos, con desafío a duelo incluido, lo que nos da una idea del profundo rechazo de Marañón a este sistema de acceso al profesorado universitario.

Nos cuenta Gómez-Santos que, una vez finalizados los ejercicios de la oposición, la plaza se adjudica a un candidato cuya actuación, a juicio de los presentes, fue ostensiblemente peor que la de Jiménez Díaz. La decisión provocó indignación y manifestaciones violentas de los estudiantes que llegaron a silbar a los miembros del Tribunal y agredir a uno de ellos (el Rector de la Universidad de Zaragoza, Presidente del Tribunal). Marañón, que no estuvo presente en los incidentes, aprovecha el suceso para escribir el día siguiente un duro artículo en *El Liberal* contra las oposiciones y, en particular, contra los miembros del Tribunal. «Los sucesos ocurridos ayer en la Facultad de Medicina requieren un comentario urgente. Una vez más se ha constituido un Tribunal de oposiciones, tan lleno de sospechas, que antes de comenzar los ejercicios se sabía ya, públicamente, quién sería el opositor favorecido. La suerte ha querido que este opositor haya sido, en cambio, el menos favorecido por el azar y, por tanto, el que ha hecho peores ejercicios... Pero ha llegado la hora de votar, y los cinco jueces, uno a uno, sin la menor vacilación, han designado para la cátedra al opositor desafortunado... Lo intolerable es que algo tan sagrado como la adjudicación de una cátedra sea, por costumbre, entre nosotros, un juego bochornoso de compadres... La responsabilidad de un tribunal debe ser tal, que ha de constituirse a cubierto aun de las simples sospechas. Y en este caso no se trata de sospechas: uno a uno se han podido seguir los eslabones del proceso de constitución del Tribunal a beneficio de un favorito... Es inútil contar con los Ministros para impedir que continúen estos desmoralizadores espectáculos. Tampoco se puede contar con los Claustros... Los estudiantes deben tomarse, serena, pero enérgicamente, la justicia por su mano. Los Catedráticos no son para los caciques, sino para los alumnos. Y ellos son los que más derecho tienen a velar por la pureza de la elección».

Esa misma noche, el Presidente del Tribunal –Ricardo Royo Villanova–, que era también Senador, acude al Senado y pide la palabra para arremeter contra el artículo y contra su autor, Gregorio Marañón. En un discurso largo, recogido en el Diario de Sesiones del Senado, el Rector de la Universidad de Zaragoza dice textualmente que el autor del artículo «un médico muy prestigioso, a quien desde luego me complazco en considerar maestro, ... pretende que esa cátedra se burle a la oposición y al concurso, y se designe para ella a un muchacho joven, a un médico distinguido, todo lo que queráis... pero yo no reconozco en él –el autor del artículo– más autoridad para pretender esto que la de ser hijo de su padre, yerno de su suegro y tener cierta reputación cerca de las damas». El texto, además, atribuye a Marañón el haber estado en la Facultad «capitaneando a los internos del Hospital General para abochornar al Tribunal». Marañón se sintió ofendido por las palabras del Senador y por la falsedad en el relato de los hechos, de forma que, después de consultarlo, decidió desafiar a duelo al Rector de Zaragoza. Afortunadamente, los padrinos designados para preparar el duelo consiguieron resolver el problema mediante la firma de un acta publicada en *El Liberal* donde ambas partes reconocen y aceptan que el incidente se basó en un lamentable malentendido.

Marañón jugó un papel político relevante en tres momentos decisivos de la historia de España: la Dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y la Guerra Civil española. En 1923 el General Miguel Primo de Rivera da el Golpe de Estado contra el Gobierno de Maura y, con el apoyo del Rey, forma un Directorio Militar que, entre otras medidas, suspende la Constitución, censura la prensa, prohíbe el catalán y el euskera, y persigue a los intelectuales críticos. Unamuno, que escribe cartas durísimas contra el Dictador, es uno de los primeros en ser cesado de su cargo en la Universidad de Salamanca y desterrado a Fuerteventura. Marañón se une a otros intelectuales en defensa de Unamuno y contra la Dictadura. En 1925 Marañón, por sus críticas al régimen, es destituido de su cargo de Director del Hospital del Rey, justo antes de su inauguración, y en 1926 acusado de haber participado en el intento de Golpe de Estado, conocido como la Sanjuanada –por haberse producido el 23 de junio, la noche de San Juan–, en el que un grupo de militares y políticos, entre los que se encontraba el conde de Romanones, se levantaron sin éxito contra la Dictadura. Marañón, que no tuvo nada que ver con la sublevación –según testimonio del propio Romanones–, fue, sin embargo, encarcelado durante un mes, procesado y multado a pagar 100.000 pesetas.

El papel político que jugó Marañón en el proceso que culminó con el fin de la monarquía y la proclamación de la Segunda República es bien conocido. En marzo de 1931, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y Marañón publican un artículo en el periódico *El Sol* titulado «Un manifiesto dirigido a los intelectuales» en el que dan a conocer la creación de la Agrupación al Servicio de la República. El manifiesto transmite la necesidad de salvar al país mediante «una República que despierte en todos los españoles

a un tiempo dinamismo y disciplina, llamándolos a la soberana empresa de resucitar la historia de España, renovando la vida peninsular en todas sus dimensiones». Unos días más tarde, se convoca un acto público de la Agrupación al Servicio de la República en Segovia, en el Teatro Juan Bravo, en el que hablaron, en este orden, Antonio Machado, Pérez de Ayala, Marañón y Ortega y Gasset. Las elecciones municipales ya estaban convocadas para el 12 de abril. El 11 de abril, los tres firmantes del manifiesto publican un artículo incitando a los madrileños a votar la candidatura republicana. Cuando se conocen los primeros resultados favorables a la República, el Rey decide expatriarse y acuerda con el conde de Romanones negociar una salida aceptable con el Jefe del Comité Revolucionario –Niceto Alcalá Zamora– en casa del doctor Marañón –calle Serrano, 43– en su presencia. La reunión tuvo lugar el 14 de abril en una casa repleta de periodistas y curiosos. Esa misma noche salía el Rey en dirección a Cartagena y Marsella. Marañón siguió teniendo un papel político relevante durante los primeros años de la República. Fue Diputado en las primeras Cortes Constituyentes y siguió siéndolo hasta su renuncia en 1933. Se le propuso ser Ministro, incluso Presidente, pero no aceptó. La deuda de la República con Marañón era evidente. Justo tres meses después de la proclamación de la República, el 14 de julio de 1931, por Decreto de la Presidencia de la República se crea la primera Cátedra de Endocrinología de España para ser ocupada, sin oposición, por el Fundador de la Endocrinología Española: Gregorio Marañón y Posadillo.

Cuando estalla la Guerra Civil, en el verano de 1936, Marañón ya había manifestado su descontento con la marcha de la República. En los primeros meses del conflicto, Marañón se sintió en peligro. «Yo hube de comparecer dos veces ante checas, una de ellas ante una mujer, en las tapias de la Casa de Campo; otra vez me llamaron a declarar en el llamado Tribunal Popular». En esos primeros meses, a Marañón se le obligó, como a otros intelectuales, a firmar un manifiesto a favor de la República. Comenta Salvador de Madariaga (1979) en su libro «España. Ensayo de Historia Contemporánea» que este episodio lamentable pudo contribuir a que Marañón «hiciese más camino hacia el otro lado del que hubiesen deseado muchos de sus admiradores». En diciembre de 1936, la familia de Marañón, junto con la familia de Menéndez Pidal, el Director de la Real Academia de la Lengua, salen de Madrid en dos coches en dirección a Alicante y de allí en barco a Marsella. La salida la facilitó el Gobierno francés con la excusa de que Marañón iba a impartir una conferencia en París por su nombramiento Doctor Honoris Causa por la Universidad de la Sorbona. Marañón permaneció fuera de España, en París, hasta su regreso en octubre de 1942. Su prestigio en Francia y en Latinoamérica le permitió trabajar en París como profesional médico y recibir invitaciones para impartir conferencias en Uruguay y Argentina. Sus primeras declaraciones sobre la Guerra Civil reflejaban su profundo dolor por la dramática situación que vivía España pero al mismo tiempo no ocultaban sus críticas a la República y su

simpatía hacia el movimiento anticomunista que representaba el bando nacional de Franco que prometía orden y respeto férreo a las tradiciones españolas. Esta especie de conversión ideológica o «viraje», en palabras del Cardenal Gomá, le acarreó problemas a Marañón en su viaje triunfal a Hispanoamérica en 1937, invitado por el Dictador uruguayo Gabriel Terra. Durante el viaje, Marañón tuvo que presenciar, dentro y fuera de sus conferencias, protestas de estudiantes e intelectuales que lo consideraban traidor a la República (Binns, 2011). A cambio, le facilitó su vuelta a España en 1942. Aunque es evidente que el nuevo régimen quiso aprovechar políticamente su prestigio internacional, Marañón consiguió reiniciar su actividad científica, médica y escritora en España de forma discreta manteniéndose en silencio, apartado de la política activa. El silencio de Marañón fue un silencio de mirar a otra parte, sin resistencia, como el de otros intelectuales españoles de ideología liberal que optaron por vivir en su país y callar durante la Dictadura de Franco (Gracia, 2004).

MARAÑÓN AUTOGRAFIADO

La figura humana de Marañón detrás del científico, el médico, el escritor y el político ha sido retratada por sus biógrafos de forma unánime. «Transido de una enorme serenidad, de una tremenda, casi espeluznante, humanidad» (Botella Llusia); «Convence con su razonar y persuade con sus afectuosas palabras» (Azorín); «Su personalidad extraordinaria asume en sí armoniosamente todas las manifestaciones del canon del hombre integral: esposo, padre, amigo, ciudadano, artista, sabio» (Pérez de Ayala); «Marañón es, por definición, una mente lúcida, pertenece a la raza de los hijos de Febo, de los que ya han recibido por patrimonio la luz sin necesidad de esforzarse trágicamente por ella» (Eugenio d'Ors); «Conversador mesurado, de palabra precisa y juicio bondadoso» (Gómez-Santos); «No hallaremos una brizna de soberbia, envidia ni oscuridad en las páginas de sus libros. Unas páginas que desprenden cada línea el aroma del talento y la sensatez» (Santiago Prieto); «Es el tipo ejemplar que convoca siempre en una misma persona la excelsitud y la humildad, las dotes excepcionales sin mengua de un afecto a ras de todas las gentes» (Alejandra Ferrándiz). Por su parte, Laín Entralgo (1975) resume la figura humana de Marañón como la persona que es capaz de integrar modos de ser aparentemente contrapuestos: timidez y expresividad; generosidad de sí y atención permanente a la propia obra; blandura a la petición ajena y rebeldía contra la presión del compromiso externo; inclinación simultánea al modo clásico y al modo romántico de ser y de saber; suma estimación de la fe y complacencia entrañable en la pesquisa y la conjetura; elogio de la soledad y afición a la convivencia; alabanza entusiasta de la razón y secreto entusiasmo por la sinrazón y el ensueño; gusto por el viaje y encomio de la quietud; vituperio y estimación positiva de

la prisa; deseo vehemente del bienestar y secreto terror de que las consecuencias de éste dificulten la aparición del genio.

Sin embargo, ninguna de estas valoraciones biográficas de la figura humana de Marañón profundiza en su persona utilizando las mismas herramientas que él utilizó para adentrarse en los resortes más íntimos de sus personajes históricos. Esta es la originalidad de la Tesis de Alejandra Ferrándiz: indagar la biografía personal de Marañón en su propia bibliografía; ver emerger su vida en la vida de sus obsesiones escritas y sus personajes. Como hemos visto, la obra escrita de Marañón abarca decenas de miles de páginas, de las cuales solo una parte responde a su vocación científica y médica. El resto es un abanico de temas multivariados (España, Toledo, el Greco, la Universidad, la religión, la filosofía, el feminismo, el arte, la cocina, el amor, el resentimiento). No son compromisos marcados por su profesión, sino puras expresiones de vida que permiten leer su biografía en su heterogénea bibliografía. Esta posibilidad se acentúa todavía más cuando Marañón se adentra en el género literario que cultivó con mayor dedicación: la biografía histórica. Según Alejandra Ferrándiz, los personajes elegidos (Enrique IV, Amiel, el conde-duque de Olivares, Tiberio, don Juan, Antonio Pérez) y el tratamiento que de ellos hace, «su condena o salvación, los matices por los que discutir el escalpelo del doctor y los rasgos que traza, pretendiendo dibujar a otros, son a la vez, valiosos fragmentos del retrato de sí mismo».

El tema sexual es, sin duda, uno de los temas centrales de la obra científica y no científica de Marañón. Produjo cientos de obras sobre sexualidad, entre libros, artículos, conferencias, discursos y prólogos. Y, sin embargo, parece obvio que su experiencia personal directa en temas sexuales no puede considerarse grande. Desde su adolescencia no se le conoce otra relación romántica diferente a la que tuvo con su esposa, Dolores Moya. Marañón llega así a los 35 años «con todos los galardones profesionales pero acaso con un déficit de aventura lo que, indirectamente, recrea e inspira sus numerosos trabajos sobre sexualidad, científicos y menos científicos, históricos y literarios». En apoyo de esta hipótesis, Alejandra Ferrándiz analiza las biografías sexuales de dos de sus personajes –Amiel y don Juan– profundizando en los sentimientos antagónicos que despiertan en Marañón: simpatía por el tímido Amiel y antipatía por el despechado don Juan.

«Los sentimientos antagónicos que despiertan en Marañón las conductas de Amiel y don Juan tienen un origen en los dos arquetipos humanos que encarnan estos personajes: la timidez y el desenfado; el goce espiritual y la continencia frente al placer sexual y el exceso: tanto Amiel como don Juan están inscritos en la personalidad de Marañón. Forman parte de su vida y nutren su biografía. La diferencia entre uno y otro, hechos carne marañoniana, es que Amiel pertenece al Marañón que fue y don Juan al Marañón que está siendo desde que conquista su fama intelectual y científica. Respecto a Amiel, Marañón no oculta su simpatía, como no niega su antipatía por don Juan. Los dos son, sin

embargo, criaturas no ajenas a su universo personal. Podría decirse que tanto uno como otro, en sus antagonismos, son posibles en los derroteros por donde discurre la vida de Marañón. Marañón atrae a las mujeres como un don Juan y tiene también consigo, excavando en su historia, los caracteres de un personaje tímido, reservado como Amiel. Uno y otro están, pues, comprendidos en la vida marañoniana, aunque a lo largo de ella Amiel sea un problema que pierde actividad y don Juan un conflicto activo hasta la edad madura. Sumariamente, Amiel es el tipo de hombre que Marañón debió vencer dentro de sí mismo tempranamente. El personaje Amiel no muere en Marañón pero reside rendido. Marañón entiende bien el alma de Amiel, exculpa sus aparentes equivocaciones homosexuales y enaltece lo que bajo ese refugio en la sombra existe de talento creador. Nuestro autor entiende amorosamente ese espíritu débil y fuerte a un tiempo, misterioso e infantil a la vez, rutinario de una parte y sugeridor de otra, porque conecta con el estilo de una vida en la que discurrieron sus años de joven intelectual sin aventuras femeninas. Pero ese hombre que fue Amiel está, como decimos, rendido en Marañón cuando cruza la treintena. En ese tiempo nuestro autor es ya un hombre consolidado públicamente y sucesivamente halagado por la sociedad de su tiempo.

Por el contrario, don Juan es en el Marañón adulto un rival interior. Amiel es un perdedor pero don Juan es un ganador. Don Juan encarna la alternativa de popularidad, notoriedad y prestigio sin trabajo. Marañón alcanza su prestigio no solo venciendo psicológicamente la vertiente de Amiel sino emprendiendo una gigantesca aventura de trabajo y de renuncia que lo alza a la belleza pública. Don Juan, por el contrario, se erige en el pedestal de la admiración sin conocer la abnegación.

Marañón nunca sabrá por qué es amado por una mujer; o mejor, nunca sabrá si el amor de ella es capaz de traspasar todos los ropajes de su producción científica y literaria para llegar a rozar su cuerpo. Nunca quedará solventada la duda de ser amado antes por sus investidas que por su seducción de hombre a secas. El hombre ilustre y famoso pierde esta conciencia de su identidad a fuerza de ser celebrado como un genio, algo más que un ser humano. Por contraste, don Juan es amado por ser rotundamente hombre y la fama que precede a su llegada –según subraya Marañón– no es sino el presagio antonómico de la vaharada sexual. Su prestigio entre las mujeres se lo concede, sin mediaciones, la seducción de otras mujeres. Mientras que en el caso de Marañón su ascendencia ante las mujeres deviene de otros ámbitos extranjeros. Las mujeres buscan a don Juan por ser el conquistador de mujeres, de Marañón se enamoran por los atributos que le procuran unas conquistas para las cuales se renuncia a la multiplicidad del placer con ellas.

De este modo, don Juan se presenta ante Marañón como un personaje desproporcionadamente agraciado. Un haragán mentiroso, no creador, a quien arbitrariamente le recompensa el favor de la mujer. Marañón aborrece ese catálogo de rasgos y más aún si con ellos se obtiene una prebenda. Porque de hecho, nada más adverso a lo que fuera la vida marañoniana, su continuo ejercicio de la voluntad y el sacrificio, su honestidad convertida en paradigma, su prudencia ejemplar y su férrea fidelidad monogámica, que esa sarta de escándalos donjuanescos. Don Juan atenta contra la vida de Marañón, plantándose en desafío ante todo el decálogo sobre el que nuestro autor funda su estima. Y ante

ello don Juan parece replicar insolentemente con su pasividad, su brillo en estado puro, ese expediente virtuoso. Y lo opone ante Marañón no solo refiriéndose a una ideología marañoniana, lo refuta ante Marañón-personaje como un desafío arquetipo hacia arquetipo: Ese arquetipo humano ejemplar en que ya estaba convertido el propio Marañón a la altura de escribir sobre su personaje. Don Juan frente a Marañón o Marañón frente a don Juan constituye un dúo en duelo, en activa acción de disputa tal como fácilmente se induce del ardor que puso nuestro apacible y tolerante doctor en el ataque al personaje zorrilleresco.»

Ferrándiz remata su hipótesis sobre la figura humana de Marañón, entre Amiel y don Juan, señalando los caracteres somáticos y psicológicos que identifican las dos tipologías psicofísicas que encarnan sus dos personajes antagónicos y que no son difíciles de identificar en el propio Marañón. En el caso de don Juan, belleza atildada, frágil y lampiña, voz de tenor, ausencia de los típicos signos de virilismo (cabello rizado, canicie precoz, prognatismo de la mandíbula inferior), acompañado de sexualidad instintiva, fría, sin genio creador, pasiva (no va tras las mujeres), desatento a la hora y el paisaje, y de aficiones ociosas (deporte). En el caso de Amiel, el polo opuesto, conjunto fisonómico masculino (la osamenta de la cara, la distribución de la barba, las cejas y el cabello, la expresión concentrada del rostro), acompañado de virilidad afinada y progresiva, timidez, inteligencia creativa, laborioso, antideportista, atento a la hora y el paisaje, profeso de monogamia. No es aventurado concluir, pues, que tanto el estudio que Marañón realiza sobre don Juan como el que realiza sobre Amiel son reflejo de su propia vida y figura, tal como sostiene Alejandra Ferrándiz en el primer capítulo de su Tesis, una pequeña obra maestra inédita, no menos genial que la inmensa obra publicada y reeditada una y otra vez en varios idiomas del mismísimo Gregorio Marañón y Posadillo.